

## ACCIÓN BENÉFICO-SOCIAL DE LOS MONJES EN LA EDAD MEDIA

Los monasterios sobresalieron en la Edad Media por las actividades caritativas que llevaron a cabo. De hecho, es en las propias reglas y disposiciones monásticas donde se establecen los deberes benéficos. Por ejemplo, de las *Reglas* hispanovisigóticas, la de San Isidoro determina que una tercera parte de los ingresos vaya destinada a los pobres, y también la de San Fructuoso y la *Regla Común*, de la misma época histórica, señalan cuestiones caritativas. Además, desde el período carolingio comienzan a ser abundantes este tipo de ordenaciones, tal como sucedió en el Sínodo de Aquisgrán del año 817, cuando los abades decidieron dar a los pobres la décima parte de los donativos recibidos por los monasterios. En la Edad Media en general, los ingresos por la actividad económica de los monasterios iban destinados a tres fines principales: el mantenimiento del propio monasterio, las obras de caridad y el pago de las cargas impuestas por el soberano. La figura del “limosnero” era muy importante en las abadías medievales, pero de un modo especial lo fue en Cluny y su Orden. En ocasiones, los indigentes dieron el apodo de “limosnero” al propio monasterio, como ocurría en el caso del monasterio de Jumièges, conocido como “Jumièges el limosnero”. Numerosas comunidades asumieron la carga fija de un cierto número de *matricularii* instalados en una casa aneja.

De la caridad monástica se beneficiaron prisioneros, cautivos, forasteros, indigentes, huérfanos, ancianos, enfermos, apestados... Las comunidades de monjes fueron constantes y generosas en el reparto de limosnas, pero llaman la atención los casos de algunos abades como San Odilón de Cluny (abad en 994-1049), quien vendió incluso vasos y objetos sagrados para asistir a los necesitados. Otra faceta importante fue el reparto de comidas a las puertas de estos centros, construyendo en muchas ocasiones unos refectorios para acoger mejor a las personas que acudían solicitando alimento; algunos monasterios lo facilitaron hasta a unas trescientas personas diariamente (así, el de Saint-Riquier, donde además se asistía a ciento cincuenta viudas y sesenta clérigos pobres también cada día), y la gran abadía de Cluny llegaría a atender algunos años hasta 17.000. Estas actividades fueron habituales tanto en los distintos monasterios prebenedictinos como en los de las diversas Órdenes posteriores: benedictinos y cluniacenses, cistercienses, premonstratenses y de canónigos regulares, cartujos... Era habitual tanto la asistencia de al menos doce o trece menesterosos, como el aumento de las dádivas en ciertas fiestas del año. Un aspecto singular de la caridad monástica fue el regalo de medicinas a pobres enfermos, por lo que las boticas de estos centros solían situarse con frecuencia hacia la puerta.

Los monasterios benedictinos y cistercienses tuvieron con cierta frecuencia hospitales para el cuidado de enfermos, inválidos y ancianos. A todo ello hay que añadir la atención a los prisioneros (visitas, provisión de vestido y alimento...) y el rescate de cautivos cristianos en tierras aún paganas de Europa, como hizo como San Filiberto († 684), fundador de Jumièges; o en tierras del Islam, sobre todo en España, razón por la que algunos santos siguieron siendo invocados en los siglos posteriores a su vida, como el abad español Santo Domingo de Silos († 1073).

Un elemento importante además es que muchas abadías especialmente fuertes asumían la realización de obras públicas, tales como la construcción y reparación de puentes, caminos, acueductos, etc.

Ahora bien, la caridad monástica sin duda más originaria es la hospitalidad. Casi todas las reglas ordenan dar buena acogida a los huéspedes, si bien es en la *Regla* de San Benito (480-547) donde se puede observar la raíz cristocéntrica más profunda: en el

capítulo LIII, el santo italiano manda a sus monjes recibir a los huéspedes “como al mismo Cristo en persona”. Con el tiempo, dentro de los monasterios se fueron diferenciando un *hospitale pauperum* para los pobres, un *hospitale peregrinorum* para los enfermos y peregrinos, y un *hospitale hospitum* para los huéspedes propiamente dichos. Por supuesto, la clausura y el recogimiento de los monjes habrían de quedar siempre salvaguardados, para lo cual las reglas dejaban todo bien claro. De un modo especial, la hospitalidad monástica alcanzaría una gran relevancia e influencia en las rutas y centros de peregrinación medievales, sobre todo en el Camino de Santiago: numerosas abadías, con los hospitales dependientes de ellas, se convirtieron en núcleos neurálgicos del recorrido, como Moissac y Vézelay en Francia, o San Juan de la Peña, Leyre, Irache, Cardeña, Carrión, Sahagún, Samos, etc., ya en España. Entre muchos posibles ejemplos de enorme caridad, cabe recordar el de San Lesmes († 1097), benedictino francés a quien Alfonso VI de Castilla hizo ser el primer abad del monasterio de San Juan de Burgos, el cual tenía adjunto un hospital de peregrinos; el santo se volcó de lleno en esta fundación benéfica y llevó a cabo el saneamiento de aquella parte de la ciudad, hasta entonces muy pantanosa, mediante la construcción de acueductos, calzadas y puentes.

Algunos destacados abades ejercieron un importante papel en la pacificación interna de la Cristiandad. Además, las comunidades monásticas influyeron en las relaciones económico-sociales y en el trato dado a los siervos y protegieron en ocasiones a los sencillos frente a los abusos de algunos nobles, animando a éstos a tratar con justicia y humanidad a aquéllos, todo lo cual trajo a veces problemas a los monjes. Cabe recordar cómo los primeros cluniacenses, en el siglo X, condenaron fuertemente el orgullo de la aristocracia laica y su opresión sobre los pobres. San Odón de Cluny, hacia el año 950, criticó a los malos nobles que abusaban de su poder en lugar de ponerlo al servicio del bien común, y por contra exaltaba a San Geraldo de Aurillac como modelo de buen noble cristiano. También San Bernardo de Claraval (1090-1153), el gran impulsor de la Orden del Císter, señaló en varias cartas los deberes de los reyes y de los señores para con sus súbditos, especialmente los débiles, y tuvo como modelos de buenos, justos y caritativos gobernantes al conde Teobaldo de Champaña y a la reina Melisenda de Jerusalén. Todo esto no significaba una crítica al orden feudal, pues no se concebía entonces otro distinto, pero sí se buscaba su plena cristianización y, con ello, la depuración de sus defectos.

En favor de las clases populares precisamente y de los propios empleados de los monasterios, fue importante la concesión de préstamos sin interés a campesinos pobres y la creación de una especie de seguros de vejez y enfermedad. Las comunidades aseguraban el sustento y la atención sanitaria a quienes habían trabajado para ellas y a sus familias.

Un testimonio precioso de caridad monacal que conviene resaltar es el de los primeros monjes olivetanos, una rama nacida del benedictinismo en el siglo XIV de la mano de San Bernardo Tolomei, miembro de una noble familia de Siena. Se formó con los dominicos y se doctoró en Filosofía, así como más tarde en ambos Derechos (civil y canónico), además de estudiar Teología. Habiendo detentado importantes cargos políticos y diplomáticos y después de convertirse en un prestigioso profesor y jurisconsulto, y habiendo desarrollado actividades caritativas y piadosas, la curación milagrosa de una enfermedad de la vista le condujo a un cambio absoluto: a partir de entonces decidió dedicarse por entero a Dios. En 1313 (con 41 años) se retiró con otros dos nobles sieneses a un lugar solitario a unos 30 km. de la ciudad, Accona, que luego sería denominado “Monte Oliveto”. La afluencia de vocaciones les haría pasar de una vida eremítica a la adopción de una vida cenobítica, esto es, de comunidad, bajo la

Regla de San Benito y con hábito blanco en honor de la pureza de la Virgen. Nacieron así los monjes olivetanos, de los que Bernardo Tolomei se convertiría en abad en 1322. La Congregación sería aprobada definitivamente por el papa Clemente VI (monje benedictino) en 1344.

Profundamente devoto de Cristo crucificado y de la Virgen María, el final de su vida es ejemplar. En abril de 1348 llegó a la región de la Toscana la terrible “Peste Negra”, que tantos estragos demográficos causó en Europa. Las dos ciudades más afectadas de dicha región fueron Florencia, donde se llevó a 3/5 partes de la población, y Siena, en la que produjo 80.000 víctimas. Al conocer la noticia de la llegada de la peste, Bernardo se entregó a la oración y comprendió que era un deber ir a atender a los enfermos, según lo expresó en un sermón a sus monjes: como miembros de Cristo, que es la Cabeza del Cuerpo, habían de ofrecerse a amar a los hermanos como Él lo había hecho, hasta el sacrificio de la propia vida. De este modo, los que se habían retirado de la ciudad para vivir dedicados a la oración en la soledad del campo, se encaminaron ahora a la ciudad de la que habían partido y a los pueblos de los alrededores, con el fin de confortar a los apestados y curarles en lo posible, alentar a las familias de éstos, ayudar a los moribundos y enterrar a los muertos. Durante cuatro meses se entregaron de lleno a la tarea y en pocos días murieron 20 monjes por contagio, a los cuales siguió pronto San Bernardo Tolomei (20 de agosto de 1348) y después otros muchos. En total, cayeron más de 80 monjes en este frente de la caridad, que supuso una verdadera prueba de fuego para una Congregación monástica que acababa de nacer.

Hay que tener en cuenta que los olivetanos hicieron así lo contrario que muchos de sus contemporáneos: padres que abandonaban a sus hijos y viceversa, hermanos que dejaban a sus hermanos... En un momento en el que muchos que se han ganado la fama profana, como Boccaccio, huían al campo para evitar la peste, los olivetanos, por amor de Cristo y del prójimo, prefirieron marchar de su retiro seguro en el campo y acudir a la “boca del lobo”, al ojo del huracán. No es extraño así que San Bernardo Tolomei dijera: “Es hermoso morir por amor de Dios y al servicio de los hermanos”. Murió, en efecto, abrazado al crucifijo y cubriéndolo de besos, al mismo tiempo que exclamaba: “He aquí el día tan deseado, Jesús, Amigo de mi alma, recíbeme en tu Sacratísimo Corazón”.

En cuanto al monacato oriental, tenemos que insistir en la fuerza que en él mantuvo la acción caritativa y hospitalaria, por herencia sobre todo de San Basilio Magno.

(Extracto del libro de Santiago Cantera Montenegro, O.S.B., *La acción social de la Iglesia en la Historia. Promoviendo caridad y misericordia*, Madrid, Digital Reasons, 2016, págs. 52-57).